

Última narrativa chilena: la escritura del desencanto

Nos proponemos realizar una revisión panorámica del desarrollo del cuento chileno en las últimas décadas, motivados por la muestra que se nos presenta en la antología *Contando el cuento*¹. En ésta se reúnen textos de los autores más jóvenes, que han iniciado su proceso escritural posteriormente a la generación de los llamados «novísimos narradores». Por ello hemos creído necesario hacer una recapitulación en torno a éstos y su relación con el desarrollo de esta generación, apuntando esencialmente a la contextualización de los cuentos en su momento de emisión, de modo que nos sirva como un referente para visualizar los cambios en el «horizonte de expectativas», con respecto al nuevo grupo que emerge.

La nueva generación, en gestación aún, no ha sido estudiada. De ahí que nuestro seguimiento sea de carácter exploratorio, reseñando los tipos, las modalidades de escritura (más que autores específicos) que en ella se desarrollan. También hemos reconstruido el referente de estos textos, elemento importante en cuanto que estos autores escriben en el marco de un régimen dictatorial, donde existen condiciones de censura y autocensura que van a estar gravitando en el proceso creativo.

Novísimos narradores: cronología de una fisura

Armamos una alharaca verbal para mostrar que nadie tenía pretensiones, escribíamos para pasarlo bien, para evidenciar la alegría de estar parados en este planeta².

El escenario en el cual emergen los novísimos narradores aparece caracterizado por el cambio social y los procesos de liberación; como telón de fondo están los ecos

¹ Díaz Eterovic y Muñoz Valenzuela, *Contando el cuento. Antología de la joven narrativa chilena* (Santiago: Sinfronteras, 1986).

² Olivárez, Carlos, *Los veteranos del 70, Antología* (Chile: Ediciones Melquíades, 1988), pág. 8.

de la Revolución Cubana, la guerrilla del Che en Bolivia, movimientos de democratización en el Tercer Mundo, las barricadas del mayo del 68, el desfado del movimiento «hippie»; al decir de Mac Luhan, en «la aldea planetaria» se vivía con la idea de que la utopía era posible.

En lo específico del contexto chileno, este grupo quiere alterar la solemnidad, adormecida y acartonada, junto al tono claustrofóbico y delirante de sus antecesores. Por una búsqueda más vital, sus escrituras serán una especie de sismógrafos, que reflejan las diferentes dinámicas que están operando en la vida social. Pero desean acercarse a éstas, desde su pulso vital, no con la interpretación, sino a partir del redescubrimiento de la cotidianidad.

El horizonte escritural preferentemente corresponderá al espacio urbano y su protagonista por excelencia será el adolescente, pero esta ciudad es el reflejo de una «modernidad trunca», que ha generado cordones de pobreza, con la emigración de trabajadores del campo a la ciudad, en la búsqueda de un mejor destino.

Otro elemento que se incorpora a las transformaciones son los *mass media* (en especial la televisión), que reproducen una nueva forma de colonización. En este contexto los jóvenes se sienten lanzados y van descubriendo las contradicciones en las imágenes del mundo que muestran esos *mass media* (prototipos alienantes) y el desfase con sus realidades concretas.

Para dar cuenta de esos fenómenos, en sus escrituras recurren a la apropiación de diferentes códigos, tales como el cine, la música y otros textos, pero al ser retomados son transgredidos e ironizados. También cuestionan la modalidad del cuento, llevando sus fronteras a los límites de la poesía, específicamente de la antipoesía. La poética de Nicanor Parra se ajusta plenamente a su visión de la escritura, y estos autores asumen el lenguaje desde el habla, lo coloquial, la interacción de diferentes jergas. Además, asimilan la mirada desacralizadora y desmitificadora de la antipoesía.

Un representante de este grupo, Carlos Olivárez, nos comenta la atmósfera de la vivencia generacional:

El pedagógico. El taller de escritores de la Universidad Católica. La revista Trilce, Querispice, Tebadía. Los premios de la revista Paula, con esas bellezas de mujeres llamadas Isabel Allende, Delia Vergara, Malú Sierra. La FECH de la Alameda. Los congresos de poetas de la Universidad Austral. La cerveza del café Turismo mirando al río. Navegando hasta Corral mientras bebemos el dulce vino de la juventud enamorada.

Leyendo a Cortázar, a Salinger, a Miller, a Lowry. Antes de compartir verdaderamente el vértigo de *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*. A Neruda, a José Agustín, a Salazar, mientras los neumáticos dejan su estela de caucho caliente en el pavimento³.

El quehacer creativo de los novísimos narradores puede ser entendido como una poética de la intrascendencia. En oposición a la retorizada trascendencia de la escritura anterior, buscan el gesto cotidiano, la recuperación del misterio, la alegría, la sensualidad. Predomina el deseo de contar con gran vitalidad. Les interesa establecer un

³ Ibid., pág. 12.

encuentro con el lector desde el humor, de aventurarse juntos en la ironía y de romper mitos.

Mirando retrospectivamente el desenvolvimiento de la generación, podemos descubrir un proceso de fisura tanto en lo literario como en la filtración del correlato histórico en sus escrituras. En relación a lo primero, los textos iniciales van paulatinamente modificándose, pues se desplazan de una visión autónoma de la literatura a la concomitancia con el «realismo social».

En relación con esa fisura, debemos contextualizarla para comprender su sentido. La gestación de esta generación coincide con el proceso político chileno de la Unidad Popular. Esto afecta directamente a la escritura por una razón evidente: los principales componentes de la generación tuvieron participación política activa como agentes transformadores de la cultura. Nos referimos al grupo de Dorfman, Skármeta, Olivárez, Poli Délano.

El violento término del proceso político anteriormente señalado desencadenó la interrupción de un sueño; la alegría se trastocó en pánico y la utopía que creían estar construyendo les fue arrebatada por el lenguaje del horror.

La escritura, fracturada por el quiebre histórico, deviene una separación irreconciliable, en la negación de un sueño. La geografía se disloca, y surge una escritura del interior y otra del exilio. Los primeros momentos serán de repliegue y silencio.

Generación del 80: la ruptura del silencio

Después vinieron aquellos acontecimientos de los cuales recién comienza a hablarse públicamente en el país y a vislumbrarse la posibilidad de que se haga justicia⁴.

En esta escritura ya no está presente la alegría. La calle, los espacios abiertos, han sido clausurados, y en ellos se han borrado los mensajes en los muros, se han impuesto la vigilancia y el silencio. «Escena que emerge en plena zona de catástrofe cuando ha naufragado el sentido, debido no sólo al fracaso de un proyecto histórico, sino al quiebre de todo el sistema de referencias sociales y culturales que, hasta 1973, articulaba para el sujeto chileno el manejo de sus claves de realidad y pensamiento»⁵.

El análisis e interpretación que se presenta en este apartado debe entenderse como una lectura explotatoria, ya que los códigos de época son recientes y por otra parte están sujetos a diferentes lecturas. Junto a lo anterior se debe tener presente que el modelo autoritario ha ido experimentando diferentes modalidades en su aplicación.

Por aquella fecha (11 de septiembre de 1973) estos autores eran adolescentes, vivían el mismo sueño de la generación precedente, como si se hubiesen colocado en la alegría, en la fiesta cultural, de pintar murales, de asistir a ciclos de cine antes insospechados. La utopía la concretizaban desde su cotidianidad estudiantil, la lucha política estaba en la calle, se sentían sujetos de la historia.

⁴ Díaz Eterovic y Muñoz Valenzuela, op. cit., pág. 8.

⁵ Nelly Richard, *Márgenes Instituciones* (Melbourne. *Art. ant. text. Special Issue*, 1986), p. 8.